

## **Plática del P. Kentenich con ocasión de la primera piedra del Santuario, en Santa Cruz.**

20 de Octubre de 1948.

La celebración que hoy realizamos posee un carácter especial. Si pienso la importancia que tiene la bendición de una primera piedra, surgen en mí varias consideraciones:

1. primero, que ella es muy significativa;
2. segundo, encierra en sí un sinnúmero de recuerdos. Y, finalmente,
3. que es sumamente importante.

Su significación original reside en el hecho que es una obra realizada en común. Es obra de ustedes y, al mismo tiempo, es obra de la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt.

Digo que es obra de ustedes; es obra de sus manos. Todo lo que se alza ante nuestra vista lo han realizado ustedes. Y si he entendido bien, la construcción de todo el Santuario será obra de sus manos. Pero también, al mismo tiempo, quiere ser obra de su corazón y de su espíritu.

Por su seria colaboración ustedes desean atraer a la Santísima Virgen para que ella descienda hasta este rincón. La Santísima Virgen, como la Madre tres veces Admirable, deberá establecerse aquí y, desde aquí, desplegar su trabajo de educadora, tanto en ustedes como en todos aquellos que, de algún modo, lleguen hasta este lugar.

Al verlos a todos ustedes reunidos aquí, viene a mi mente cómo la Santísima Virgen actualmente en todo el mundo, a semejanza de lo que hace aquí, forma, educa y atrae los corazones hacia sí. Deseo relatarles brevemente las impresiones de mis viajes. Estuve en Sudáfrica; en cuatro lugares enteramente diversos pudimos colocar la primera piedra del Santuario. Estuve en América del Norte y allí se daba el mismo anhelo: procurar que la Santísima Virgen tuviese un Santuario. Estuve en Brasil donde sucede lo mismo. Estuve en Argentina, hace algunas semanas, donde vi una juventud poseída del mismo ardiente deseo. ¿Por qué en todas partes el mismo anhelo? Pareciese que la humanidad actual sintiera que quien desea dejarse formar, quien quiere llegar a tener una personalidad sólida e íntegra, primero necesita que la Santísima Virgen, como la Madre y Reina tres veces Admirable, descienda en medio de los pueblos.

¿No es cierto, mis queridos amigos, que todos nosotros ya hemos experimentado cuán difícil es educarnos a nosotros mismos? En nuestro interior tenemos un animalito, un ángel y un hijo de Dios. La tarea de la educación consiste en dominar en nosotros aquel animalito, a fin de que domine en nosotros el hijo de Dios. Mientras más edad tenemos, mientras más nos esforzamos, más sentimos lo impotentes que somos. Vienen entonces a nuestra conciencia las palabras que pronunció el Señor desde la cruz: "He ahí a tu Madre". He ahí a tu Educadora. Sin su ayuda no lograrás llevar a cabo la obra de tu autoformación.

Pero nuestras aspiraciones van mucho más allá todavía. No sólo queremos autoeducarnos y educar a otros; también queremos dar a la Santísima Virgen la oportunidad y la posibilidad de que ella pueda formar y educar, desde aquí, al mayor número de personas posible. El colegio se ha propuesto una inmensa meta: no sólo Colchagua tiene que llegar a ser una tierra santa mariana, sino que todo Chile tiene que llegar a ser una tierra mariana schoenstattiana. Y esta corriente de autoformación debe partir desde este rincón. Con orgullo podemos decir que esta provincia es la más amada de la patria, y por eso nos estremecemos al pensar que desde acá debe surgir la renovación.

Viene a mi memoria un hecho de la historia de los pueblos antiguos. Cuando se edificaba un nuevo templo a los dioses era costumbre que los más nobles de la región fuesen y se dejaran enterrar vivos en sus cimientos. ¿Pueden imaginarse cómo sería santuario así? Y ustedes han levantado un sólido fundamento. Este fundamento debe ser parte de vuestra labor, de vuestro corazón. Los antiguos paganos iban más lejos: como ofrendas vivas en la construcción se incorporaban en los fundamentos. ¿Comprenden lo que esto significa? También nosotros

queremos ser ofrendas vivas en esta construcción. La obra de la Santísima Virgen es nuestra obra. Para ella vivimos, para ella morimos, por ella luchamos.

Si por un momento permanezco en silencio y contemplo la imagen de la Santísima Virgen, y le pregunto: "¿Qué quieres hacer de nosotros? ¿Qué meta quieres entregarnos? Entonces ella nos da una triple respuesta.

La primera dice así: Quiero hacer de este colegio un nido de águilas. ¿Qué quiere decir con eso de ser un nido de águilas? Es un nido donde sólo se forman jóvenes águilas. Jóvenes águilas... ¿Qué las caracteriza? Son aves del sol. Un ave del sol desea siempre elevarse hacia el sol. No se siente bien en los pantanos. ¿No han expresado ustedes recién, con decisión, en su brillante coro hablado, que quieren ser aves del sol? Ustedes no quieren contentarse con el pantano. No quieren sólo gozar de la vida. Esto es cosa de las aves inferiores; el ave del sol desea siempre elevarse a las alturas.

Una leyenda sobre las águilas cuenta que el padre de los aguiluchos, una vez que los ha criado durante algún tiempo, hace una prueba para ver si son verdaderas aves del sol. El padre y la madre de los aguiluchos los llevan hacia el sol. Cuando el aguilucho es capaz de mirar directamente hacia el sol, en todo su esplendor, entonces puede volar por sí mismo. Si yo pudiera ahora tomarlos y elevarlos a cada uno de ustedes hacia el sol, ¿cuál sería la respuesta?

... Con seguridad nos interesaría más el ave en el aire que el sol mismo (Hace referencia a un avión que pasa en ese momento sobre ellos)... Pero, ¿cómo podremos llegar a fijar nuestra vista directamente en el sol? El sol es el símbolo de la pureza sin mancha. En el nido de águilas se forman aguiluchos que consideran la pureza de su vida como el más alto ideal. ¿No es verdad, mis queridos jóvenes amigos, que ustedes, que ya han pasado por los años de desarrollo, saben cuánto cuesta refrenar y dominar ese animalito que hay en nosotros?

Imaginémonos que el avión que vuela lo hace en honor nuestro, que revolotea en honor nuestro...

¡Cuánto cuesta conservar la pureza en la juventud! Sólo aquel que realmente tiene una gran estima por la pureza en todas las situaciones de la vida, puede soportar los rayos del sol. Por eso, si nuestro colegio quiere llegar a ser un nido de águilas, ello implica que quiere ser un hogar donde reine la pureza. Quien aspire a vivir puro a lo largo de su juventud, deberá cultivar este impulso que lo lleva a aspirar a lo grande. Recién han oído (en el coro hablado) cuán fuertemente vivo está en nosotros el anhelo por lo más alto. ¿Existe algo más grande en un joven que lograr dominar al animalito en sí mismo? Para conservar este bien supremo de la pureza, reflexionen cuán importante es ello para la vida futura.

Se cuenta que un artista, en un lugar de Europa, deseaba pintar una imagen de Cristo; por eso buscaba a alguien que pudiera servirle de modelo. Por fin halló a un hombre joven, de rasgos nobles, que le sirvió de modelo. Así, pincelada tras pincelada, pudo pintar la imagen del Señor. Pasados algunos años, el artista decidió pintar una imagen de Judas junto a la del Señor. Nuevamente buscó un hombre joven que reprodujese en sus rasgos maltrechos, la imagen de Judas. Por fin encontró un tal sujeto. Y, cosa curiosa, mientras estaba dedicado a su labor, preguntó al joven si no lo había visto antes. Y la respuesta fue que, efectivamente, hacía tres años él le había servido de modelo para la imagen de Cristo. ¿Cómo fue posible que aquella primera imagen ideal de Cristo sirviese ahora como modelo para la imagen de Judas? Los mayores de entre ustedes pueden darse la respuesta. Aquel joven no tuvo la fuerza suficiente para resistir a sus pasiones. Y su naturaleza enfermó debido a su vida inmoral.

Si verdaderamente quieren que todo el colegio llegue a ser un nido de águilas, entonces harán bien en reflexionar sobre las ventajas de la pureza y sobre las consecuencias de la impureza. Pero esto solo no basta para dominar el animalito que hay en nosotros. Hombres jóvenes y puros sólo los podrá formar la Santísima Virgen, la Inmaculada, la Madre tres veces Admirable. De allí nuestra súplica: Madre tres veces Admirable y Reina de Schoenstatt, desciende hasta este pequeño lugar y muestra tu sabiduría de educadora; haz de este colegio un nido de águilas. Águilas que no sólo valoricen la pureza sino que también la encarnen.

Nuevamente miro la imagen de la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt y le pregunto: ¿Qué quieres hacer tú de este colegio? Le pregunto: ¿Qué quieres hacer de toda esta provincia? Le pregunto: ¿Qué quieres hacer de toda esta tierra? Y ella responde: No sólo un nido de águilas sino también una escuela de jefes. En la canción que ustedes entonaron expresaban su fuerte anhelo por llegar a ser auténticos jefes en un tiempo carente de jefes. ¿Saben ustedes qué caracteriza a un verdadero y auténtico jefe?

Consideren a un jefe de quien se cuenta lo siguiente: Se había desprendido de todo aquello que lo ataba en las llanuras de la tierra. Deseaba escalar las más altas cumbres de los Alpes. Mientras más ascendía, más fácil se le hacía la respiración, más brillaban sus ojos y más se sonrojaban sus mejillas. A derecha y a izquierda había precipicios. Ello no le perturba. En sus manos lleva un estandarte con la maravillosa consigna: Excelsior! ¡Sube más arriba! El verdadero jefe es el que encarna el ideal de su pueblo. Ante nosotros vemos un triple gran ideal:

el ideal del amor a la patria;  
el ideal del amor a la Iglesia, vean allí las dos banderas:  
la bandera de la patria y la bandera de la Iglesia.  
Un tercer gran amor anima al verdadero jefe: El amor a su pueblo, a su séquito.

Y si nuevamente me dirijo a la Santísima Virgen y le pregunto: ¿Qué quiere decir que tú desees que este colegio llegue a ser una escuela de jefes? ¿Qué responde ella? La respuesta pueden darla ustedes mismos. En todos los que han pasado por este colegio arde un intenso amor:

amor a la patria,  
amor a la Iglesia, y  
amor al séquito.

¿No amó también la Santísima Virgen, como la gran educadora del pueblo, a su patria? Consideren por un momento el Magnificat y podrán constatar cuán exactamente conoció la Santísima Virgen la historia de su pueblo. Quien se somete a su sabiduría de educadora, se sentirá interiormente colmado por un semejante gran amor a la patria. No sólo queremos entonar los himnos sociales con gran ardor sino también queremos que se traduzcan en una acción social. Queremos encarnar el ideal de un auténtico chileno. Y para ello debemos y queremos dejarnos educar por la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt. Del mismo modo como la Santísima Virgen amó a la Iglesia y a su pueblo, ella también hará nacer en nosotros un amor semejante. Más tarde, cuando marchemos por la vida como hombres maduros, no debemos pasar de largo y desentendemos de nuestros pobres. Más bien debemos ayudarles a que salgan del pantano.

Por tercera vez miro la imagen de la Santísima Virgen y le pregunto: ¿Cuál es tu tarea y sabiduría de educadora, cuál es la meta de tu educación? Ella me responde: Quiero cuidar que el colegio llegue a ser un castillo de caballeros. Este castillo de caballeros no para educar a Quijotes, sino verdaderas, auténticas figuras de caballeros. Habrán leído y recordarán qué tipo de educación se les daba a los jóvenes paladines. Se les formaba

en el respeto a la grandeza de la mujer; se les formaba para la fidelidad;  
se les formaba para la valentía y el vigor, en especial frente al sexo femenino,  
cuya defensa y protección debía ocuparlos toda la vida.

Siempre ha sido así y siempre seguirá siendo así: en la vida del joven, la mujer tendrá siempre un papel importante en las horas decisivas. Y toda la grandeza del varón se mide por el respeto que muestre ante la mujer. La Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt quiere formar, en todos los que pasen por este colegio, un profundo respeto ante la grandeza del sexo femenino.

Hace siglos atrás, en Europa, donde antaño florecía la hidalguía, cierto día un joven caballero atravesaba por una región solitaria al galope de su brioso corcel. Al llegar ante un puente angosto y escarpado, da un espuelazo a su caballo que atraviesa el puente a paso ligero. Pero

al llegar a la mitad del puente, divisa que viene del lado opuesto una mujer anciana, pobremente vestida. Llevaba sobre su cabeza un atado de leña. Era una mujer del pueblo. ¿Qué hace nuestro caballero? De inmediato detiene su caballo: la anciana tiene la preferencia. Al pasar junto al costado del caballero, le dice con asombro:

"¡Noble caballero, cómo me honráis!". Y el caballero le contesta: "¡Buena mujer, costumbre mía es honrar a toda mujer en honor a la Santísima Virgen!".

La Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt quiere formar hombres nobles, animados por este respeto de caballeros ante toda mujer y ante toda joven. Se deberá poder decir de todo joven que haya pasado por nuestro colegio: "El honor de la mujer estará siempre a salvo en manos de este joven".

La segunda virtud que se inculcaba al joven paje era la fidelidad de caballero. Se dice de jóvenes que se han educado en un colegio, que se comportan bien mientras están en el colegio y son objetos de la educación que allí se les imparte. Pero, que al volver a casa tiran todo por la borda, y se pierde todo lo que el colegio había querido grabar en su alma. Puede ser que otro tipo de atmósfera en casa sea la causa de ello; puede ser que la culpa la tenga otro ambiente en el lugar de trabajo, en la calle, en el taller. Pero eso es debilidad, no caballerosidad, no es fidelidad de caballero. La Virgen fiel sólo quiere educar jóvenes caballeros que sean enteramente fieles.

La tercera virtud es la valentía. La Santísima Virgen quiere una disposición a la lucha en su escuela, en su castillo; quiere formar paladines y caballeros que luchen en su honor hasta el fin de su vida. Veán, queridos jóvenes, ésta es la gran tarea que se ha propuesto la Madre y Reina tres veces Admirable de Schoenstatt, desde hoy, en este colegio, en esta provincia y en esta nación. Digo a propósito: no sólo aquí en este colegio sino, expresamente, en toda esta provincia y en todo Chile. Ella también quiere formar a nuestras mujeres. Esa misma tarea de educadora quiere igualmente realizarla en sacerdotes y laicos, en adultos y jóvenes.

El Padre Rector les ha relatado brevemente algo sobre la historia de Schoenstatt. Ustedes saben que la Santísima Virgen ha establecido allí, en forma especial, su taller de educación. Desde ese Santuario ha brotado un movimiento de renovación, un movimiento de educación, tal vez el único en toda Europa.

Era el año 1939. Los enemigos de la Iglesia (los nazis) llegaron a Schoenstatt y se apoderaron de una de las casas más grandes en las cercanías del Santuario. Se trataba de la casa de formación de los seminaristas. Hicieron de ella una escuela de formación para el nazismo. Era la primera noche: un pequeño grupo de Hermanas de María se congregó en torno al Santuario; tomándose de las manos, hicieron la promesa: "jamás permitiremos entrar a este Santuario a sus enemigos a no ser que pasen por encima de nuestros cadáveres". Este acto figura en los anales de Schoenstatt y es llamado el "Acto de la Capillita". Cada generación repite este acto.

¿No queremos también nosotros agruparnos en este espíritu en torno a nuestra naciente capillita y realizar el "Acto de la Capillita"?

La Santísima Virgen necesita sacrificios para su Santuario. Nuestra juventud edifica la capillita. Ellos quieren enterrar en sus fundamentos lo más noble y lo mejor que tienen, sus sacrificios. Todos nosotros queremos cooperar en la construcción. También nuestra juventud femenina, todos deben ayudar a construir este Santuario.

Pero esto sólo no basta. El Santuario debe ser defendido, resguardado. ¿Será capaz nuestra noble juventud de repetir lo que hicieron nuestras Hermanas en Europa? Quiera la Santísima Virgen que el destino de todos los aquí presentes, así como el de todos los que algún día se unan a nosotros, permanezca atado a este Santuario.

En un lugar de Europa existía un pequeño Santuario. No en el valle sino en la cumbre de un escarpado cerro. Una niña sencilla y modesta del pueblo se hizo responsable de la luz del Santísimo. Se decía que el destino de la niña estaba unido con el Santuario. El padre de la niña, que durante mucho tiempo se había comportado como un hombre correcto, se dio a la

bebida. Cayó en las redes de malos compañeros y esta gente malvada planeó entrar a robar al Santuario. Se asociaron para ello con el padre de la niña. Este sabía el amor que su hija tenía por el Santuario. Se defendió, pero no tuvo la voluntad suficiente para negarles su ayuda. Se escogió una noche oscura para llevar a cabo este sacrilegio. La niña estaba en su casa y sintió esa noche una gran inquietud. Una fuerza misteriosa la impulsó a levantarse y a dirigirse hacia el Santuario. También, en ese momento, el padre con sus amigos se dirigía al Santuario. Cuando llegaron se dispusieron para abrir el tabernáculo. El padre sintió que no podía cometer esa fechoría ante la mirada de la imagen de la Santísima Virgen. Con un gesto brusco, arrancó el cuadro y con él la luz del Santísimo. En el mismo instante resonó un horrendo grito. Su propia carne y sangre iba camino al Santuario y porque repentinamente se apagó la luz del Santísimo, su hija dio un paso en falso y se precipitó en el abismo.

Pero esto no sólo debe ser un cuento. Debe ser una realidad: nuestra vida debe estar unida a la vida de este Santuario, tal como estaba unida la vida de aquella niña con la del Santuario. Sea que vivamos o muramos, vivimos y morimos por nuestro Santuario.

Hace algunos años, durante la primera guerra mundial, un joven, más o menos de la edad de ustedes, fue llamado a las armas. Poniéndose ante la imagen de la Madre tres veces Admirable, rodeado por un gran número de compañeros, lleno de entusiasmo, dirigiéndose a la Santísima Virgen, exclamó: "Ave Imperatrix, morituri te salutant!", ¡Salve, Emperatriz, los que están dispuestos a morir te saludan!

Aquel que puede decir lo mismo, desde el fondo de su corazón, diga interiormente conmigo: Ave Imperatrix, morituri te salutant!